

El ritual de la mesa

Patricia Eguren Escriña (Medicina Familiar y Comunitaria), Servicio de Urgencias. Hospital de Torrejón, Madrid.

ENLACE REVISTA ORIGINAL: <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/32640125/>

La pandemia por COVID-19 ha cambiado nuestra forma de trabajar. Ha alejado a los médicos de sus pacientes. Ahora nos comunicamos por teléfono y por videollamada y en los hospitales todos vemos a los pacientes sin tener siempre al mismo médico. La nostalgia de la habitual forma de trabajar es inevitable.

Ver y tratar a los pacientes suele ser lo que da alegría al trabajo de los médicos frente a la burocracia y el papeleo. A los pacientes, sentir cerca a su médico también les ayuda a superar frustración de las carencias del sistema sanitario.

Entendiendo que las nuevas tecnologías son necesarias en esta crisis, se echa de menos la presencia, el tacto, la sonrisa, la persona, la familia y el ritual que hay detrás de cada visita. En cada paciente hay una historia y con las visitas aumenta el vínculo entre los dos. El COVID 19 ha forzado las relaciones virtuales y hay miedo. Miedo a que la telemedicina no funcione...y miedo a que sí lo haga. En las “visitas” online, es el médico el que se cuele en casa de los pacientes, son ellos los que nos acogen en su hogar. Eso mismo ocurre luego en casa, vemos a los amigos a través de una pantalla en vez de tenerlos como siempre compartiendo la cena. El ordenador pasa a ocupar su lugar en esa mesa y resulta que algo que se pensaba imposible es ahora lo que nos hace seguir juntos.

Los rituales nos recuerdan quienes somos. Cuando las circunstancias nos obligan a dejar de hacerlos necesitamos saber que podemos seguir siendo nosotros mismos sin ellos. También nos dan la oportunidad de averiguar qué más podemos elegir ser. ¿Podremos seguir conectando con los pacientes sin verlos? Estas circunstancias parece que nos indican que sí. Sin embargo, siguen surgiendo dudas y temores, miedo a perder nuestros rituales: el ritual de explorar, de la visita médica, de las cenas en familia... Miedo a que ellos, los pacientes y la familia, no los necesiten, pero nosotros sí. Miedo a que todos ellos no echen de menos lo que antes era fundamental, pero nosotros sí lo hagamos.

La vulnerabilidad que viene con el cambio y la humildad que se necesita para adquirir nuevas habilidades puede ser incómoda pero nuestros rituales no dejan de ser importantes. Tenemos que permitirnos sentir nostalgia y, a la vez, abrir el corazón a otras posibilidades. Podemos, además de echar de menos cómo desarrollábamos nuestros rituales, alegrarnos de que ahora, nuestras mesas no están limitadas por el espacio o el tiempo.